

LA NOVELA EN LA TRANSICIÓN: (1976-1981)

Santos Alonso

«País de los Losadas» (1978), de Antonio Pereira.

Poeta y novelista, Antonio Pereira (Villafranca del Bierzo -León-, 1923) tiene una pasión: el relato corto. Sus libros de cuentos -«Una ventana a la carretera». «Historias veniales de amor» y «El ingeniero Balboa y otras historias civiles»- gozan de merecida aceptación. Sus tres novelas, sin la repercusión que en justicia les correspondería, sobre todo la que comento, reflejan una preocupación constante por la renovación personal como novelista, de forma que en cada una puede descubrirse un nuevo Pereira desconocido en la anterior. Con todo, «País de los Losadas» es la más lograda, una de las narraciones más importantes de los últimos años, por la madurez que en ella alcanzan las renovaciones técnicas heredadas de la novela estructural y experimentalista, madurez que en principio es sinónimo de intensificación y moderación formalista neutralizada por el humanismo que siempre ha caracterizado a Pereira. En su desarrollo de aparente experimentación estructural, la narración domina, sin embargo, sobre el posible protagonismo del lenguaje y los contenidos existenciales paralizan cualquier brote caprichoso del manierismo formalista.

Estructurada en dos planos temporales, el pasado de Jacobo Losada y el presente de su sobrino José María, la narración arranca de la muerte del primero, cuya noticia recibe el sobrino en Alemania, donde es profesor. El regreso a España trae a su recuerdo el comienzo de la amistad con su tío y la vida provinciana de la época. José María se hace cargo de la herencia; entre los objetos recuperados encuentra un cuaderno de su tío, que va a funcionar como referencia del relato en torno a la aventura de Jacobo Losada. A partir de aquí, los dos planos se interfieren: el narrador, José María, intercala su presente en la novela de su tío («La noche anterior -dice, por ejemplo, en la página 91- dejé muy tarde la aventura de Jacobo Losada sobre la mesilla») y las confidencias en primera persona supuestamente entresacadas del cuaderno. El lector va conociendo la anécdota de Jacobo durante la república, la guerra civil, el exilio y el cautiverio en un campo de concentración, y posteriormente la acción coetánea de José María, quien, tras el entierro de su tío, emprende llevar a cabo los planes socioeconómicos que en la zona había dejado sin realizar el difunto. Pronto se descubre la debilidad y falta de compromiso del protagonista con la realidad; vencido en el enfrentamiento con el medio, sólo

acepta como solución individual la huida de los problemas, incluidos los amorosos que desembocan en un desenlace trágico.

Técnicamente, como puede apreciarse en lo escrito, Antonio Pereira aprovecha procedimientos habituales en la novela contemporánea. La recurrencia al contrapunto de las dos acciones interferidas, los saltos temporales continuos, la alternancia de personas narrativas, la metaliteratura -el protagonista narrador escribe una novela dentro y distinta de la del autor-, etc., manifiestan la intención del novelista de implicar al lector en la participación activa sobre el texto, anulando la posible pereza y pasividad en la lectura, de forma que interprete el contenido y recree el mensaje con frecuencia tan sólo sugeridos. Una mirada poco atenta a esta novela podría precipitadamente calificarla de «experimentalista»; al lado de certeras renovaciones perfectamente asumidas, Pereira aporta, sin embargo, elementos ya clásicos, pero no por ello menos válidos.

Así, la recurrencia a la documentación, a las supuestas fuentes como origen del relato, para dar verosimilitud a la ficción, tiene tanta eficacia aquí como en las páginas cervantinas; el humanismo existencialista, el choque vital del personaje con un entorno superior a sus propias fuerzas y la proyección psicológica remiten a pasados contextos en la narrativa española; la mirada objetiva del autor hacia escenas y anécdotas costumbristas -véanse las ironías sobre las corporaciones municipales o sobre los entresijos de la política en la transición posfranquista- adquiere tonos específicamente tradicionales.

A lo anterior habría que añadir que Pereira, de impecable expresión lingüística como poeta y como narrador, en ningún momento concede el protagonismo al lenguaje ni se deja llevar por el enunciado discursivo, como solían 'hacer las novelas del periodo experimentalista; la escritura de Pereira es fundamentalmente narrativa.